

HUMOR URBANO CARAQUEÑO

JOAQUÍN ORTEGA

joaquin@ortegabrothers.com

@ortegabrothers

@correoguaire

El humor se ha convertido en un referente obligado para la comprensión de la realidad. Ya sea en su formato escrito, audiovisual o gráfico, permite al observador atento distinguir las disímiles aristas de la cotidianidad. Hoy parece significativo comprender su arquitectura, hacer un recuento de temas, de sus contenidos y *performance*; hacer un ejercicio desapasionado del subtexto emocional, social y político que le anima.

Más allá de las distintas teorías que apuntan a interpretar el porqué de la risa, pienso que el humor nos recrea a través de la imaginación y del lenguaje. Todo lo que nos hace reír ha pasado como una escena —en movimiento o no— dentro de nuestras cabezas. Igualmente, el efecto que produce el lenguaje leído en voz alta mental prueba nuestra capacidad de empatía y viene a ser un resultante, un efecto auditivo que combina memoria e imaginación. En pocas palabras: nos reímos primero del video y del audio que producimos en nuestra pan-



talla cerebral, que de las palabras habladas o leídas desde la frontera exterior que recitan los contenidos.

En Venezuela, el humor se encuentra en abundancia, se mueve entre referencias al doble sentido —sexual, infradiafragmático, escatológico, sicalíptico—, la política y la opinión, el día a día de las personas comunes y la llamada actualidad de la farándula nacional e internacional. El humor puede romper el hielo, puede generar empatías, producir antipatías, encumbrar personas o bajarlas de un pedestal. De allí, su flexibilidad, su posibilidad de ser un instrumento que, en manos equivocadas, puede generar tanto un efecto positivo catártico, como uno negativo, más cercano a la calumnia que a la convivencia humana.

En clave criolla, el humor ha estado en contra de todos los poderes de turno. Así, las caricaturas, manchetas, versos, glosas y demás divertimentos publicados en semanarios, revistas, folletines y pasquines apuntaron al líder y su cofradía, a señalar sus errores, sus excesos, su propio egotismo desbordado.

G.K. Chesterton decía que “una sátira era una verdad puesta de cabeza”. Frase útil y pertinente. Para los venezolanos, las parodias no nos son ajenas: semanarios humorísticos como *El Sádico Ilustrado* o *El Camaleón (El Nacional)*, programas de TV como *Radio Rochela (RCTV)*, *La Chistera*, *El Show de Joselo (Venevisión)*, *El programa sin nombre (VTV)*, *Telecómicó*, *La Noticia Bomba (Televén)*, exploraron esas formas de interpretar la realidad nombrando de soslayo a personajes reales e inventando situaciones que se parecían demasiado al contexto nacional.

En los años 90 se da un evento particular, la radioemisora 92.9 FM apuesta por un formato juvenil en donde los contenidos eran *per se* humorísticos y los locutores eran, a su vez, personajes que exponencialmente llevaban su personalidad al límite del surrealismo. En esa misma década, en el mundo editorial, el semanario *Urbe* acompañaba ese espíritu de la juventud caraqueña de entonces, generando una infinidad de portadas y contenidos autorreferentes que iban desde fantasías sexuales y crónicas *underground*, hasta leyendas urbanas y cultura *stoner*.

Volviendo a la radio, *El Monstruo de la Mañana*, *El Show de la Gente Bella*, *Macho y No Mucho*, *Real y Medio*, *El Último Round*, *Rockadencia*, fundarían las bases de un humor políticamente incorrecto —es decir, irreverente—, urbano, transgresor, surreal y combativo a la vez.

Sin duda, mucho del llamado *star system* criollo se alimentó de esa constelación de jóvenes talentos radiales. Incluso, las demás emisoras de la ciudad y del país apuntaron al calco del estilo musical y de contenidos insolentes de los que productores, escritores y locutores de 92.9 FM harían su marca de fábrica. Si queremos entender la evolución y desarrollo de otras emisoras enmarcadas en circuitos nacionales —léase La Mega Estación, Hot 94 FM, Planeta— o en epígonos juveniles y de opinión punzante de corte ideológico o no —vinculados a circuitos pro Gobierno o a la propia VTV—, 92.9 FM merecería todo un capítulo aparte como inspiración y como modelo.

Desde el año 2005, el humor ha pasado —otros dirán “escapado”— a plataformas no restringidas por la llamada Ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión (Resorte), la cual supervisa y coarta contenidos generando un estado de indefensión y autocensura para creativos, medios y anunciantes. Así que las páginas web, los blogs, las redes sociales Twitter, Tumblr, Pinterest y Facebook parecen ser las actuales tribunas o escenarios en donde se debate, se ironiza, se ríe y se desandan los vericuetos del ambiente social y político nacional.

El caso del lenguaje ha sido un tema de especial atención en el momento comunicacional contemporáneo. El tema es viejo, en el periodismo y la literatura el uso de la jerga vigente callejera o juvenil reviste a las oraciones de una vacuna, de una suerte de baño de verosimilitud que conecta a las audiencias con el medio y, claro está, con los productos que hacen posible el sostenimiento de las radios, imprentas, periódicos o televisoras como proyectos sustentables en el tiempo.

De cierta manera, el proyecto de la cuenta de Twitter @correoguaire se enmarca en una tradición humorística venezolana cuya clave contemporánea imbrica y conecta al lenguaje con la realidad social, generando una crítica del estado de cosas



en la Polis, haciendo un llamado de alerta a las autoridades y sociedad civil, sin dejar de lado su propósito eminentemente lúdico y liberador de tensiones.

En cada tuit, es decir, en cada mensaje digital de este *micro-blogging*, se produce una complicidad entre personaje y lector. Así, en el sentido del filósofo analítico John Searle, las oraciones del “emisor Correo del Guaire” se convierten en “secuencias auditivas”. Por ello, resuenan en la cabeza del lector que hace sintonía, mucho antes, que en la de algún otro descifrador sin interés por construir —o deconstruir— una voz acorde con la gramática y la ortografía del personaje emisor.

Si bien la cuenta @correoguaire no tiene pretensiones de convertir la notoriedad en liquidez monetaria, los experimentos publicitarios no han estado al margen. Algunos productos han sido promocionados abiertamente como “publisidat”, obteniendo a cambio los creadores de la cuenta alguna cantidad de dinero digna de un almuerzo estándar. Por otro lado, ha sido a veces tan de soslayo el seguimiento al éxito de los contenidos humorísticos de la cuenta, que en varias oportunidades distintos seguidores nos han hecho notar la “apropiación artística” —por no llamar “plagio” o “robo” a lo que es eso mismo: robo— de algunos tuits originales por parte de ciertas voces nacientes del movimiento nocturno y teatral del *stand up comedy* o de páginas temáticas de humor de irregular eficiencia creativa.

El lenguaje callejero diario venezolano poco ha cambiado, más bien parece adaptarse a ciertos giros de la propia vida del entorno psicosocial del emisor —disonancias cognitivas, ausencia de escolaridad formal, barbarismo digital, hendiduras en la modulación, dificultades en la lectoescritura—. Lo que ayer llamábamos “malandro” ahora es “tuki”, lo que ayer se entendía —vía México— como “niña fresa”, se ha instalado en el habla nacional como “sifrina”. Lo que antier nos hacía reír como “woperó”, hoy nos genera gracia en otro derivado arquetípico conocido como “emo”.

Paradójicamente, en términos de expresión cotidiana, el lenguaje antiguo sigue vigente en espacios rurales, muchas veces

pasa directamente a los barrios y cerros sin intermediación escolar ninguna, sonándonos a muchos ciudadanos como misteriosamente vetustos. Agreguémosle a eso la falta de algunas o todas las piezas dentales de muchos de los interlocutores, y obtendremos una secreta y característica modulación en sí misma.

No hay duda de que tanto el lenguaje escrito como el hablado seguirán siendo terreno para el debate y el análisis extra o intraacadémico. De más está decir que el humor es una forma de expresión cercana al Tao, que de manera ligera y profunda a la vez nos hace abrir los ojos ante la existencia cavilada o el mero paso por el mundo.

